

*El euro y la crisis: la inflexión del relato sobre la Unión Monetaria**

Salvador Forner

Heidy-Cristina Senante

Universidad de Alicante

Resumen: En este artículo se analizan las distintas narrativas del proceso de integración monetaria antes y después de la crisis de la deuda. Se exploran también las causas de la emergencia de un relato alternativo al que ha sido predominante hasta el comienzo de las políticas de ajuste presupuestario en la Eurozona.

Palabras clave: Unión Europea, Unión Monetaria, Eurozona, euro, crisis.

Abstract: In this article, we analyse the different narratives on the process of monetary integration before and after the debt crisis. We also analyse the causes of the emergency of an alternative narrative to the one that had prevailed until the beginning of the politics of budgetary stability in the euro area.

Keywords: European Union, Monetary Union, Eurozone, euro, crisis.

Hasta no hace mucho ha sido usual un relato complaciente —en mayor o menor grado— sobre la unificación monetaria en el que han confluído diversas narrativas —institucionales, políticas y académicas— sobre la integración europea¹. Dichas narrativas se han fundamentado en la aceptación de una supuesta lógica interna del

* Este trabajo se enmarca en el proyecto EUCLIO: HAR2015-64429-C2-1-P.

¹ Véase Ian MANNERS y Philomena MURRAY: «The End of a Noble Narrative?»

desarrollo de la integración económica, que habría desembocado en una Unión Monetaria, y en las ventajas de diverso tipo —fundamentalmente económicas pero también identitarias, de fortalecimiento internacional frente a otras áreas e incluso de acercamiento y concordia de dos eternos rivales, Francia y Alemania— asociadas a la moneda única. La reciente crisis ha servido para relativizar ese enfoque y ha potenciado un relato alternativo que cuestiona dichos fundamentos y contempla la moneda única como un factor de desigualdad entre los países de la Eurozona e, incluso, de desintegración de la Unión Europea.

Las narrativas (complacientes) de la integración monetaria

Durante las décadas de 1970, 1980 y 1990, las actuaciones en integración monetaria, el juego de intereses entre los distintos Estados miembros, el papel de las individualidades y el propio discurso institucional comunitario permiten contemplar distintos componentes de la «europeización monetaria» de Europa². Tendríamos en primer lugar una narrativa de carácter progresivo e intencionado de dicha «europeización» basada en el hecho de que, desde la creación de la CEE, diversos actores y dirigentes europeos, como fue el caso de Monnet, del economista Jacques Rueff o del primer presidente de la Comisión, Walter Hallstein, habían considerado necesaria la creación de un mercado financiero europeo y el establecimiento de una política financiera común. Dado que hasta finales de los años sesenta el sistema de Bretton Woods había mostrado su eficacia para asegurar estabilidad monetaria a Europa, la aspiración a una completa integración monetaria sería expresión por tanto, más allá de una necesidad económica, de una voluntad política *federalizante* para la cual la integración monetaria constituiría un valioso instrumento con el que alcanzar la unidad política. Esta progresión intencionada hacia la moneda única habría tenido destacados impulso-

European Integration Narratives after the Nobel Peace Prize», *Journal of Common Market Studies*, 54, 1 (2016), pp. 185-202.

² Guido THIEMEYER: «Europeanization in the Monetary Sector, 1968-92», en Martin CONWAY y Kiran PATEL (eds.): *Europeanization in the Twentieth Century*, Basingstoke, Palgrave Macmillan, 2010, pp. 172-185.

res como Helmut Schmidt y Valéry Giscard d'Estaing, artífices de la creación del Sistema Monetario Europeo (SME) durante la década de los setenta, culminado con Jacques Delors mediante el diseño de la Unión Monetaria Europea (UME) en el marco del Tratado de Maastricht.

Una segunda narrativa presenta también un carácter de historia progresiva pero no intencionada en este caso, es decir, derivada del propio «proceso» de integración que mediante el efecto inducido, o *spill-over*, apuntado en su día por Ernst Haas³, habría propiciado las condiciones para el salto hacia la moneda única. Según esta narrativa, heredera de la visión neofuncionalista y todavía vigente en gran parte de la propaganda institucional comunitaria, la moneda única representaría el nuevo escalón de un «proceso» que desde la creación del área de libre comercio y la unión aduanera, pasando por el mercado común, supondría un gran avance hacia metas de unión económica y política.

La narrativa basada en esa lógica interna del «proceso» tiene mucho de «presentismo», es decir, realiza una abstracción de contextos históricos anteriores organizando la narración a través de un sistema de referencia directa al presente. Se produce así una personificación del «proceso», que cobra vida propia y determina las actuaciones de los Estados miembros a lo largo del mismo. Esta interpretación se ve sin duda reforzada por el hecho objetivo de ser la moneda única un complemento lógico, aunque no estrictamente necesario, del mercado único, cuya eficiencia contribuye a aumentar. El desarrollo y consolidación del gran mercado europeo habría desembocado por tanto, más allá de cualquier intencionalidad política, en la ventajosa adopción de una moneda única que serviría para potenciar el comercio intracomunitario. Dicha vertiente del euro constituye un importante elemento de la comunicación institucional comunitaria⁴ y ha sido, y continúa siendo, aunque con diferencias notables entre los distintos países, la percibida más favorablemente por parte de la opinión pública, al menos hasta la llegada de la crisis.

³ Ernst B. HAAS: *The Uniting of Europe. Political, Social and Economic Forces, 1950-1957*, Stanford, Stanford University Press, 1958.

⁴ COMISIÓN EUROPEA: *¿Por qué necesitamos el euro?*, http://ec.europa.eu/economy_finance/euro/index_es.htm (3 de agosto de 2015).

Un tercer elemento narrativo, muy relacionado con la perspectiva *federalizante* del «proceso», es el proporcionado por la supuesta vertebración de la identidad europea que la moneda única facilita. Indudablemente, la moneda tiene una importante carga simbólica como expresión de soberanía y como factor identitario; no olvidemos que el término «divisa» presenta una cierta polisemia ya que no sólo se emplea en sentido monetario, sino también como distintivo o señal de pertenencia a una colectividad. El valor simbólico del euro como moneda de prestigio internacional podía servir por tanto para potenciar los sentimientos de identidad y así lo ha resaltado y lo resalta el discurso oficial comunitario:

«Finalmente, hay que señalar el importante hecho de que el euro da a los ciudadanos de la UE un símbolo tangible de su identidad europea, de la que pueden sentirse cada vez más orgullosos a medida que la zona del euro crece e incrementa [las] ventajas para sus miembros actuales y futuros»⁵.

Ese orgullo de pertenencia se relacionaba y relaciona con una suerte de «nacionalismo monetario» europeo frente a otras áreas económicas y monetarias, especialmente Estados Unidos. Ya desde tiempos del general De Gaulle resultaba evidente el deseo francés de liberarse de la dependencia del dólar y, en buena medida, tanto Francia como Alemania, aunque por distintos motivos, aspiraban a que una nueva moneda europea pusiera fin a la hegemonía monetaria estadounidense en los mercados financieros internacionales. La posible fortaleza internacional de la moneda única podría convertirla incluso, según esta narrativa, en moneda de reserva mundial, dado el tamaño de la economía de la zona euro y la seguridad proporcionada por un modelo de Banco Central Europeo cuyas funciones, a semejanza del *Bundesbank*, iban a limitarse al control de la inflación para asegurar la estabilidad de la divisa.

Una cuarta narrativa tiene que ver con los intereses gubernamentales de los distintos Estados miembros, especialmente Francia y Alemania, y ofrece una visión explicativa con mayor consistencia historiográfica, quizás, que las anteriores. Desde los años sesenta el

⁵ *Ibid.*

marco se había convertido en la moneda más importante de Europa, hasta el punto de que otras divisas europeas, como las de Austria y el Benelux, ataron sus políticas monetarias a las del *Bundesbank* constituyendo una especie de Unión Monetaria *de facto*. La independencia del banco central alemán y su comportamiento marcadamente anti-inflacionista ponían en evidencia a los gobiernos de otros países europeos, especialmente Francia, que recurrían a la financiación del déficit por sus respectivos bancos centrales provocando inflación, pérdida de competitividad y, consecuentemente, depreciación del franco y otras divisas respecto al marco.

La creación del SME en 1978 habría servido precisamente para satisfacer el deseo francés de neutralizar la «tiranía» del *Bundesbank*. Mediante un mecanismo de paridades fijas, con bandas de fluctuación e intervención de los distintos bancos centrales, el banco alemán podía verse obligado a un comportamiento más inflacionista para asegurar los cambios fijos y evitar así las depreciaciones y los reajustes de paridades. Para los gobiernos alemanes representaba la oportunidad de socavar en parte la independencia del *Bundesbank*⁶, pero sobre todo —como ocurrió también posteriormente con el Tratado de Maastricht— la actitud alemana habría obedecido al deseo de acercamiento a Francia para la consolidación de la CEE y, en cierta medida, de un complejo de culpa de los dirigentes alemanes por el pasado del país y del propio temor a una Alemania excesivamente fuerte⁷.

A pesar de las precauciones alemanas para poner en marcha el SME, es decir, la obtención de una cierta garantía para la estabilidad de precios por parte de las autoridades francesas⁸, el funcionamiento de éste mostró la imposibilidad de que Francia y otros países con comportamientos más inflacionistas que Alemania estabilizasen las paridades de sus monedas con el marco. La mejor solución para dichos países era, por tanto, acabar con la hegemonía

⁶ Ante las reticencias de este último, el canciller Helmut Schmitdt amenazó con la promulgación de una ley que pusiera fin a la independencia formal del *Bundesbank* si sus responsables no aceptaban el SME. Véase Philipp BAGUS: *La tragedia del euro*, Madrid, Unión Editorial, 2012, p. 54.

⁷ *Ibid.*, p. 66.

⁸ Fernando GUIRAO: «La crisis en la Unión Europea y el supuesto liderazgo alemán», *Ayer*, 93 (2014), pp. 253-266, esp. p. 259.

monetaria alemana por medio de una moneda única y un banco central europeo que, siguiendo el modelo francés, permitiese financiar déficits públicos sin provocar la engorrosa inestabilidad de los tipos de cambio que aquejaba al SME. Dicha solución se ajustaba también a la orientación imprimida por Mitterrand y, muy especialmente, Delors al proyecto comunitario durante la década de 1980, tendente a conseguir una moneda única como trampolín hacia una unión política y económica.

Según esta interpretación las reticencias alemanas frente a dicho proyecto habrían sido vencidas por un acontecimiento inesperado: la caída del Muro de Berlín en 1989 y la reunificación alemana. El deseo de Helmut Kohl de hacer aceptable el engrandecimiento del país mediante su pleno encaje en la Europa comunitaria, es decir, la garantía de una «Alemania europea» y no de una «Europa alemana», habría resultado determinante para la aceptación de la moneda única. El euro habría sido el precio pagado por la reunificación. La contrapartida alemana era que el nuevo banco central debería imitar al *Bundesbank* en su independencia y en su objetivo esencial: el mantenimiento de la estabilidad de la moneda única mediante el control de la inflación y la prohibición de monetizar la deuda de los distintos Estados.

La crisis y el rebrote de un relato alternativo

La historia de la moneda única desde su implantación en 1999 hasta la actualidad puede dividirse en dos etapas de casi igual duración hasta el momento. Hasta el año 2009 tanto la percepción del euro como sus consecuencias económicas para los países de la Eurozona, especialmente los periféricos, encajaron, aunque con alguna excepción significativa como fue el fracaso del tratado constitucional en 2005, con las distintas visiones y narrativas sobre la integración monetaria anteriormente descritas⁹. El euro no sólo superaba la prueba de fuego de su aceptación en los mercados financieros internacionales, sino que llegaba incluso a superar al dólar a finales de 2006 como moneda más usada para pago en

⁹ Jean PISANI-FERRY: *El despertar de los demonios. La crisis del euro y cómo salir de ella*, Barcelona, Antoni Bosch, 2012, p. 19.

efectivo. La estabilidad de la nueva moneda era percibida muy favorablemente por la opinión pública, hasta el punto de que pocos meses antes de las elecciones europeas de 2009 el Banco Central Europeo era considerado por la ciudadanía europea como la institución más importantemente valorada de la Unión (73 por 100), al mismo nivel prácticamente que el Parlamento Europeo y por encima del resto de instituciones comunitarias. De igual modo, los sondeos de opinión en esa fecha señalaban al euro como el principal elemento de identidad europea (40 por 100), por encima de los valores democráticos (37 por 100) o las razones de tipo histórico (24 por 100)¹⁰. Esa percepción alcanzaba mayores cotas en los países periféricos de la Eurozona, en correspondencia con las altas tasas de crecimiento y disminución del paro que experimentaron como consecuencia del *boom* crediticio derivado de los bajos tipos de interés y del aumento de la liquidez suministrada por el BCE así como del enorme flujo de capital internacional atraído por la eliminación del riesgo cambiario de las antiguas divisas nacionales que el euro facilitaba.

La trasmisión a la Eurozona de la crisis financiera iniciada con la quiebra de Lehman Brothers ha originado, sin embargo, una inflexión en el relato sobre la moneda única al desvanecerse los efectos euforizantes de la etapa anterior para dar paso a un prolongado periodo de ajuste. Dado que el anclaje en la moneda única impide el recurso a la devaluación para hacer frente momentáneamente a una crisis, el euro obliga, de forma similar a como ocurría con el patrón oro, a practicar lo que se conoce como «devaluación interna», es decir, contenciones o rebajas salariales y recortes en el gasto público y en las prestaciones sociales. Dichas consecuencias, unidas al aumento del paro y al endeudamiento familiar durante la etapa expansiva han dado origen a un malestar social que facilita la culpabilización del euro como supuesto responsable de la prolongación de la crisis.

Por lo demás, muchos de los objetivos asociados a la moneda única se han visto desmentidos o relativizados, empezando por las previsiones de una futura unidad política que, al día de hoy, se muestra cada vez más inalcanzable. Tampoco han sido excesiva-

¹⁰ DIRECTORATE GENERALE FOR COMMUNICATION: *European Elections 2009*, Estrasburgo, 2009, pp. 1-7.

mente relevantes los efectos positivos de la moneda única para el mercado intracomunitario¹¹ ni se han materializado las expectativas de igualación o incluso superación del dólar como moneda hegemónica mundial¹². La neutralización del poder de una Alemania reunificada reemplazando al *Bundesbank* por el BCE tampoco se ha cumplido. Aunque Alemania tuvo durante los primeros años de la UME una anemia de crecimiento que la llevó a superar entre 2002 y 2004 el límite del déficit establecido en el Pacto de Estabilidad, las reformas estructurales emprendidas por el canciller Schröder hasta 2005 aumentaron extraordinariamente la competitividad alemana mientras otros países, especialmente los periféricos, dopados por la expansión de liquidez a precios injustificadamente bajos que el euro propiciaba, se dormían en los laureles. El resultado ha sido una brecha cada vez mayor entre Alemania y otros países acreedores del norte con el resto de países deudores de la Eurozona que, agudizada por la crisis, ha tenido el efecto de desbaratar otro de los componentes del relato del euro, es decir, el de facilitar una concordia y una cohesión identitaria de los distintos pueblos europeos. Por el contrario, lo que ha surgido con virulencia son las suspicacias, celos y acusaciones mutuas e incluso campañas de culpabilización de Alemania de una ferocidad inusitada desde el final de la Segunda Guerra Mundial¹³. De ser un posible elemento de unión, la moneda única parece haberse convertido en causa de rivalidades y enfrentamientos¹⁴.

Esa inflexión en la percepción de los aspectos favorables del euro ha hecho rebrotar un relato alternativo sobre la moneda única que la contempla como el resultado final de un proceso involutivo del capitalismo europeo destinado a hacer frente a los problemas de competitividad derivados de la globalización mediante un descenso de los salarios reales y un progresivo desmantelamiento de los sistemas de protección social. Durante el proceso de aprobación y ratificación del Tratado de Maastricht se inició ya una co-

¹¹ David MARSH: *Europa sin euros*, Barcelona, RBA, 2015, pp. 36-37.

¹² Benjamín J. COHEN: «Supremacía del dólar, aspiraciones del euro: ¿receta para la discordia?», en Federico STEINBERG (coord.): *El euro al rescate de Europa*, Madrid, Marcial Pons, 2010, pp. 119-132.

¹³ *Ibid.*, p. 31.

¹⁴ Max OTTE: *¡Frenad el desastre del euro!*, Barcelona, Ariel, 2011, p. 45.

riente crítica hacia la moneda única en el seno de la izquierda que se fundamentaba en el rechazo de unos criterios de convergencia desprovistos de los «elementos sociales mínimos» y contrarios a «la necesaria cohesión económica y social», lo que obligaría a todos los gobiernos a endurecer sus políticas económicas. El referéndum francés de 1992 para la ratificación del Tratado de la Unión Europea permitió visualizar ese rechazo, en el que coincidían no sólo los sectores políticos situados a la izquierda de la socialdemocracia, sino también el populismo nacionalista de Jean Marie Le Pen, aunque en este caso desde posiciones totalmente opuestas a la propia Europa comunitaria.

Durante los años de la convergencia y la primera etapa de la Unión Monetaria, el relato sobre el carácter antisocial de la moneda única y el posible perjuicio que ésta iba a deparar a los países periféricos de la Unión permaneció en estado latente y tuvo un muy escaso impacto en la opinión pública. Dichos países experimentaron entre 1996 y 2008 un crecimiento medio del PIB muy superior al de Alemania y una considerable disminución del desempleo. Los vaticinios sobre el desmantelamiento del Estado del bienestar y el descenso del nivel de vida no se cumplían y, por el contrario, la Unión Monetaria podía ser contemplada como artífice de una mayor prosperidad. Además, la fase expansiva atravesada por los países que mayormente iban a resentirse posteriormente como consecuencia de la crisis no sólo no alteró el comportamiento relativo a las prestaciones sociales y el gasto público de los distintos gobiernos, sino que supuso en algunos casos, como el de Grecia, un desmesurado incremento de los mismos.

El discurso crítico hacia la UME, atenuado durante dichos años, ha comenzado a rebrotar con fuerza a partir de la crisis. Ésta ha golpeado con mucha más intensidad a los países que se habían beneficiado anteriormente de la enorme expansión crediticia provocada por el euro pero no habían abordado reformas tendentes a aumentar su competitividad. La inflexión de tipo material producida por la crisis ha proporcionado así una mayor credibilidad al cuestionamiento de las narrativas favorables al euro a las que se opone un contundente relato de la integración monetaria como una conspiración elitista contra los pueblos de Europa para institucionalizar la austeridad y los recortes sociales. Al igual que en la narrativa progresiva y teleológica de la integración monetaria, pero como una

especie de reverso de la misma en este caso, fuerzas impersonales como la «globalización, el neoliberalismo y los mercados» habrían impulsado, por medio de una élite europea hegemonizada por Alemania, el proceso hacia la moneda única como instrumento definitivo para la dominación del capital financiero y la liquidación del modelo social europeo.

El futuro del euro

En función de las distintas visiones e interpretaciones de la integración monetaria, las alternativas sobre el futuro de la moneda única pueden agruparse en tres grandes narrativas, en cada una de las cuales se apuntan elementos de diagnóstico y de pronóstico sobre la situación del euro, inevitablemente condicionadas por las repercusiones de la crisis de la deuda en un buen número de países de la Eurozona.

El euro es el problema

En la narrativa que achaca al euro la responsabilidad de la crisis coinciden, con diferentes matices, una parte importante de la literatura económica angloamericana, un amplio sector de la extrema izquierda europea y los populismos de distinto signo político que han emergido con considerable fuerza tras las elecciones al Parlamento Europeo de 2014. El exponente académico más significativo de dicha visión es el norteamericano Paul Krugman, premio nobel de economía en 2008. La adopción de una moneda común sin haber creado antes una unión política y económica constituye, para Krugman, la causa de «una gigantesca debilidad y crisis renovada» en los países de la Unión Monetaria¹⁵. La solución de la crisis de la deuda no podrá hallarse, por tanto, en el marco de la actual UME, sino en el abandono o la completa transformación de la misma¹⁶. Opiniones similares pueden encontrarse también en los economistas an-

¹⁵ Paul KRUGMAN: *¡Acabad ya con esta crisis!*, Barcelona, Crítica, 2012.

¹⁶ William MITCHELL: *Eurozone Dystopia*, Cheltenham, Edward Elgar Publishing, 2015, pp. 390-421.

gloamericanos Martin Feldstein y Robert Mundell. El euro habría sido un proyecto esencialmente político pero incompleto, ya que no existe una autoridad política central para que la moneda única funcione sin contratiempos, situación que ha quedado agravada al no ser la zona euro en sentido estricto «un área monetaria óptima».

La salida del euro constituye también el requisito defendido por los sectores políticos situados a la izquierda de la socialdemocracia para hacer frente a la crisis. Aunque se desencadenó por causas exógenas, la crisis es entendida como fruto de la propia dinámica interna de la UME¹⁷. No se trata de un mero fallo de diseño o de reglas deficientes que pueden ser reformadas, sino de que la propia naturaleza de la moneda única aboca de forma inevitable a una crisis permanente y al empobrecimiento de las clases populares. Según dicha visión, carecería de sentido cualquier apuesta por la continuidad de una Unión Monetaria a la que se considera contraria a los intereses ciudadanos¹⁸. La salida del euro por parte de los países periféricos plantearía —se reconoce— serios problemas durante el periodo de transición y los primeros años, pero, según esa narrativa, bastaría con la inyección masiva de liquidez por parte de los nuevos bancos centrales nacionales a las arcas vacías de todas las instituciones públicas para estimular la demanda y el empleo.

En el caso del populismo nacionalista, del que el Frente Nacional francés sería máximo exponente, se plantea también el abandono del euro aunque las motivaciones difieren en varios aspectos de las planteadas por la extrema izquierda. El radicalismo de la ultraderecha y del populismo nacionalista se fundamenta en la recuperación de la plena soberanía y va más allá de la oposición a la Unión Monetaria al cuestionar, en algunos aspectos básicos, a la propia Unión Europea. La denuncia de los efectos de la globalización —a la que se considera como el «totalitarismo del siglo XXI»¹⁹— se produce aquí desde planteamientos de recuperación del nacionalismo económico y monetario pero también de preser-

¹⁷ Costas LAPAVITSAS *et al.*: *Crisis en la Eurozona*, Madrid, Capitán Swing, 2012, pp. 226-230.

¹⁸ Vicenç NAVARRO: *Los costes políticos de sostener el euro para las izquierdas*, <https://borrokagaraia.wordpress.com/2013/11/30/>.

¹⁹ Marine LE PEN: «La UE es nula, no ha aportado nada y nos impide protegernos», *El País*, 12 de julio de 2015.

vación de la identidad nacional supuestamente amenazada por los flujos migratorios.

Continuar el camino hacia la unión económica y política

Una segunda narrativa sobre el funcionamiento de la UME y su evolución futura se corresponde con planteamientos políticos y académicos proclives a la intensificación de la integración económica y política como única forma de superar el desequilibrio entre los países de la Eurozona provocado por la moneda única. Dichos planteamientos tienen también el respaldo de los gobiernos de los países periféricos —incluida Francia— y de una gran parte de la «euroburocracia». Quizá sea el politólogo italiano Giandomenico Majone quien mejor ha sintetizado la clave explicativa de los mismos:

«La singularidad histórica de la UME no radica exclusivamente en la idea de contar con una Unión Monetaria antes de tener una unión política, sino en el intento de centralizar la política monetaria en un ámbito supranacional y dejar las políticas fiscales bajo el control de los gobiernos nacionales»²⁰.

Como señala el historiador económico Barry Eichengreen, la crisis ha revelado las dificultades originadas a los países periféricos por esa separación de ámbitos reavivando el debate anterior a 1999 sobre si la UME fue una buena idea y abriendo, consiguientemente, la tentación de una vuelta a las monedas nacionales. Los países con baja demanda interna y déficits comerciales elevados podrían devaluarlas para fomentar sus exportaciones, y las dificultades de financiación se solventarían colocando sus bonos de deuda pública en los bancos centrales nacionales. Pero las consecuencias negativas de todo tipo, como también indica Eichengreen, superarían con mucho esas posibles ventajas²¹.

En realidad, la moneda única ha anclado a los países de la Eurozona menos competitivos en un difícil dilema: el abandono del

²⁰ Giandomenico MAJONE: *La Unión Europea y la crisis financiera global: ¿el fracaso de la gobernanza supranacional?*, México, Konrad Adenauer Stiftung, 2011, p. 13.

²¹ Barry EICHENGREEN: «La crisis y el euro», en Federico STEINBERG (coord.): *El euro al rescate de Europa*, Madrid, Marcial Pons, 2010, pp. 32-37.

euro o la continuidad de políticas de ajuste causantes de un gran malestar social. La superación de dicho dilema exigiría alcanzar algún tipo de gobernanza económica que, aun manteniendo dichas políticas de ajuste, permitiera aliviar en parte la situación. El mantenimiento de la UME se vislumbra, desde esta narrativa, como algo no sólo inevitable, sino también deseable pero acometiendo reformas institucionales que permitan un aumento del presupuesto de la Unión, con más amplias políticas comunitarias dirigidas al crecimiento y con mayor repercusión en el ámbito social y, por tanto, con mayores transferencias entre países en una especie de unión fiscal atenuada. Se trataría también de avanzar en la unión bancaria, con un organismo supervisor único para la Eurozona, en algunos aspectos de armonización fiscal, en los mecanismos de estabilidad financiera vigentes y en las funciones que el BCE ha adoptado ya, de forma indirecta, como garante en última instancia de las deudas públicas de los Estados²². El éxito de esta posible evolución vendría muy condicionado por la voluntad de Alemania para asumir el liderazgo de la Unión financiando a los países deficitarios y dando un giro en sentido inflacionista a sus políticas presupuestarias y salariales con el fin de equilibrar su superioridad competitiva en el seno de la UME²³.

El euro: ¿una mala apuesta o un afortunado hallazgo?

Una perspectiva liberal de las consecuencias de la integración monetaria proporcionaría una última visión sobre el euro y las exigencias para superar definitivamente la crisis. Las divergencias al respecto resultan muy significativas entre las corrientes de orientación «monetarista» y las que se enmarcan en la tradición de la «escuela austriaca». Para las primeras, partidarias de los cambios flexibles, el euro fue una mala apuesta para muchos países de la Eurozona que ha pasado factura a los mismos a raíz de la crisis. El disponer de una moneda estable puede ser un gran logro pero siempre que se den unas deseables condiciones de amplia flexibili-

²² Jean PISANI-FERRY: *El despertar de los demonios...*, p. 148.

²³ Francisco RODRÍGUEZ ORTIZ: *Eurozona: «Dilema» recesión/crecimiento blando. La economía española como paradigma*, Pamplona, Aranzadi, 2015, p. 284.

dad para el establecimiento de precios y salarios, además de mercados laborales desregularizados. El euro ha significado sin embargo, según esta visión, el encadenamiento a una moneda sólida y estable pero sin posibilidad de devaluaciones nacionales junto a unos mercados poco flexibles y gobiernos de los Estados periféricos que gastan por encima de sus posibilidades en su afán de no deteriorar su respaldo electoral²⁴. A pesar de ello, la opción del euro se estima irreversible por los costes que su abandono originaría. Al considerar muy incierta la posibilidad de que los Estados periféricos de la Eurozona sometan sus políticas presupuestarias a las exigencias de los compromisos de estabilidad, el futuro de la moneda única se vislumbra, sin embargo, lleno de dificultades y de posibles desacuerdos y enfrentamientos entre Estados miembros sobre los objetivos y métodos de la política monetaria²⁵.

A diferencia de la anterior, en la tradición liberal heredera de Von Mises y Friedrich Hayek se ofrece una visión mucho más favorable del funcionamiento del euro y de las ventajas futuras de su consolidación. A pesar de que desde un punto de vista estrictamente liberal la mejor alternativa monetaria debería basarse en la libre competencia entre monedas, en la eliminación del curso forzoso y en un sistema de banca libre de emisión, el euro constituiría una especie de «mal menor» que, por su aproximación en algunos aspectos al patrón oro, resulta preferible a la vuelta a un nacionalismo monetario en el que los distintos gobiernos recuperasen su capacidad de monetizar la deuda y provocar devaluaciones competitivas. En efecto, aunque no fuera ésa la intención inicial de sus patrocinadores, el diseño de la moneda única y su sometimiento a un banco central independiente han provocado una serie de consecuencias no intencionadas que, en gran medida, han hecho que ésta actúe como un «proxy» del patrón oro que disciplina y limita el poder de los gobiernos de los Estados miembros²⁶. Puede decirse incluso que el euro supera al patrón oro para la consecución de estabilidad monetaria al resultar mucho más problemático un abandono del

²⁴ Francisco CABRILLO: «Encadenados al euro», *Expansión*, 30 de enero de 2012.

²⁵ Martín S. FELDSTEIN: *Ending the euro crisis?*, NBER Working Paper, 20862, 1-2015.

²⁶ Jesús HUERTA DE SOTO: «An Austrian Defense of the Euro», *Mises Daily*, 22 de junio de 2012, <https://mises.org/library/austrian-defense-euro>.

mismo que exigiría «la introducción de una nueva moneda local, de capacidad adquisitiva mucho menor y desconocida, con el surgimiento de los inmensos trastornos que ello conllevaría para todos los agentes económicos»²⁷.

Esta perspectiva se corresponde con los planteamientos de Alemania y de otros países del núcleo duro de la Eurozona que consideran la tradicional estabilidad monetaria germana como el mejor instrumento para impulsar la competitividad y el crecimiento de la Unión Europea. El anclaje en el euro habría resultado pues altamente beneficioso al desvelar los problemas reales de las economías periféricas y al obligar a reformas estructurales que en modo alguno se habrían acometido sin la existencia de la moneda única.

Más allá de la moneda única: epílogo tras el *Brexit*

A la ya problemática situación interna de la Eurozona ha venido a sumarse la decisión del Reino Unido de abandonar la Unión Europea como consecuencia del referéndum celebrado el pasado 23 de junio. Al margen de las consecuencias económicas de dicha decisión, el triunfo del *Brexit* refuerza otra de las líneas de fractura interna entre los países de la UE y en la opinión pública europea respecto a la integración comunitaria y evidencia las carencias de todo relato progresivo de la integración que prescindiera del papel relevante de los acontecimientos.

Para el caso de los países de la Eurozona, a la que no pertenecía el Reino Unido, la creciente desafección hacia la UE, aunque por razones contrapuestas, puede tener su explicación última en las diferentes variedades del capitalismo europeo²⁸ que, al ser unificadas monetariamente, se han visto afectadas por un desequilibrio de competitividad que ha generado situaciones de resentimiento y de mutuas acusaciones de culpa entre países deudores y acreedores. Ésa es una de las causas de que el creciente populismo antieuropeo —aunque con un mismo fundamento de falta de asunción de res-

²⁷ *Ibid.*

²⁸ Peter A. HALL: «La crisis económica y más allá: por qué las variedades del capitalismo importan», en Víctor PÉREZ DÍAZ (coord.): *Europa ante una crisis global*, Madrid, Gota a Gota, 2012, pp. 65-85.

ponsabilidades compartidas para el éxito de un proyecto común—adquiera matices políticos tan diferenciados, desde la extrema izquierda hasta la extrema derecha, según las distintas latitudes.

Junto a esa brecha, que afecta en exclusiva a los países de la Eurozona, se ha producido también durante los últimos años una seria divergencia sobre las posibles metas políticas de la integración y su corolario de pérdida de soberanía que ha alimentado las corrientes eurocríticas y eurofóbicas en numerosos países de la Unión, con independencia de su pertenencia o no a la Unión Monetaria. Para éstas, el triunfo del *Brexit* puede marcar una intensificación de su rechazo a cualquier avance en la integración, fomentar sus exigencias de una vuelta atrás en determinadas políticas comunitarias e incluso, alentadas por la experiencia británica, llevarlas a apostar decididamente por un abandono de la UE.

¿Será dicho abandono británico de la UE, de producirse definitivamente²⁹, un caso excepcional e irrepetible que incluso podría servir para reforzar el proceso integrador de los restantes veintisiete países? Aunque no pueda negarse el carácter plenamente europeo del Reino Unido, no deja de ser cierto que a lo largo de la historia de la integración comunitaria sus posiciones lo convirtieron en un socio incómodo para los propulsores de una unidad europea con metas políticas³⁰. Quizá por eso algunas reacciones ante el triunfo del *Brexit* muestran un excesivo optimismo sobre los posibles efectos positivos del abandono británico para la consolidación del proyecto europeo³¹. La realidad, sin embargo, puede ser muy distinta debido a la posible propagación a otros países de exigencias de consultas sobre la permanencia en la Unión promovidas por el populismo nacionalista.

A la actual crisis de la deuda, que compromete la supervivencia del euro, se ha superpuesto así, inopinadamente, una crisis

²⁹ No es del todo descartable, ante la crisis interna provocada por el *Brexit*, la posibilidad de una vuelta atrás mediante una repetición del referéndum como ya ha ocurrido anteriormente en otras consultas europeas.

³⁰ Alan S. MILWARD: «The United Kingdom and the European Union», *Journal of European Integration History*, 1 (2014), pp. 73-80 (versión española en Salvador FORNER y Heidy SENANTE (eds.): *La unidad europea: aproximaciones a la historia de la Europa comunitaria*, Alicante, Universidad de Alicante, 2016, pp. 87-95).

³¹ John CARLIN: «El mundo debe dar gracias a Reino Unido», *El País*, 27 de junio de 2016, p. 6.

de mayor calado, derivada del *Brexit*, que puede afectar a la propia existencia de la Unión. En el caso del euro, al margen de las consecuencias —todavía imprevisibles— de la cuestión británica, son teóricamente posibles varios escenarios para el futuro sin que quepa descartar el entrecruzamiento de algunos de ellos. Entre la ruptura total de la Eurozona y el mantenimiento o ampliación de ésta en su integridad y en su actual diseño caben, en efecto, alternativas intermedias como el abandono controlado de algunos países, caso de Grecia, incapaces de superar la recesión y solucionar sus desequilibrios más relevantes. Tampoco sería descartable que la ruptura la impulsase el núcleo duro de la Eurozona si las devaluaciones internas de la periferia fracasasen por razones políticas o económicas.

El abandono británico de la Unión podría, por último, afectar en un doble sentido a los posibles avances significativos hacia la unión económica y política: bien reforzándolos, como sostienen los que consideran que la respuesta a la crisis es «más Europa», bien frenándolos para intentar acomodarlos a la evolución de la opinión pública europea³². En todo caso, aun no siendo totalmente descartables, dichos avances no parecen factibles en un futuro próximo. Es más, podría decirse que el gran salto federal de la Unión Monetaria ha supuesto, como algunos previeron, un final de trayecto y no un trampolín para alcanzar mayores cotas de integración³³. El tiempo nos dirá si la creación de la moneda única constituyó un acontecimiento axial o si sólo abrió un mero paréntesis en la historia europea del siglo XXI; pero probablemente, tras el referéndum británico del 23 de junio, habrá que abrir también ese interrogante, a la espera de acontecimientos futuros, para la propia experiencia histórica de la integración europea iniciada en los años cincuenta del pasado siglo.

³² La propia fractura del voto por edades en el referéndum británico muestra que, incluso en países caracterizados por su euroescepticismo, la identificación con Europa de las nuevas generaciones puede ser todavía un sostén suficiente para el mantenimiento del proyecto integrador.

³³ Pedro MONTES: *La historia inacabada del euro*, Madrid, Trotta, 2001, p. 195.